

“Matta. Conversaciones”



Por Eduardo Carrasco.
Ceneca-Cesoc.
Santiago, 1987. 295 páginas.

En la introducción de este libro mayor, Bernardo Subercaseaux admite que Roberto Matta, "ensanchador de espacios mentales", es, antes que un pintor tradicional, "una especie de cartógrafo de sus pensamientos y de sus imágenes interiores". Y ésta es la clave. En el curso de las conversaciones, acicateadas siempre por Eduardo Carrasco, quien usa el aguijón o la palmeta insurgente, se logra que el pintor recabe una imagen del mundo, infiera un espacio mítico, proyecte un retablo ilusorio, asuma las contingencias y experimente con la explicación, en procura de un afinamiento social o del examen de los proyectos y de los deberes del artista, eludiendo los dogmas.

Si habla del lenguaje, Matta no deja de mostrar las dificultades y las desconsideraciones de toda suerte de petrificaciones: "Yo tengo la impresión —dice— de que cada vez que uso una palabra dejo un hoyo ahí en el idioma. Ese hoyo es como un hoyo negro por donde se va todo el idioma, como el desagüe de un lavatorio. Se desagua todo el idioma, tú sacas una palabra y se desagua todo el idioma por el hoyo que dejas. Esto se parece al problema de tratar de pescarse el pulgar derecho con el resto de la mano

derecha".

Todo el texto sacude al lector, lo catapulta en busca de un blanco nada previsible en el cual azotar todo el cuerpo. Y allí el cerebro, el vientre o el pulpejo tienen parte en el asunto. Es una imagen totalizadora que arranca desde un ver sin otro norte que la convicción —la cual, de pronto, se va por la tangente—, y un descubrimiento digno de irse convirtiendo en verificación por el absurdo, permitiéndole allegar materiales para redescubrir las contrariedades de la lógica formal.

No hay, en la lectura (o quizás, más bien, en la audición) de esta obra un instante de reposo. Matta envía sus proposiciones a trescientos kilómetros por hora y uno no termina de sacarse la carbonilla del ojo cuando ya viene otra suma prodigiosa de partículas, emitidas gloriosamente a la más alta velocidad, estrellándose contra los sistemas, arrancando los goznes de las puertas, exhibiendo el envés de la realidad (o la otra cara de ella).

De su pintura dice que son alucinaciones, "imágenes que yo veo". Las halla escarbando "como un minero", perforando; y opina que sus cuadros "no están pintados", porque son eso, imágenes. "Habría que pintarlas, es decir en el momento en que yo las dejo, habría que dárselas a un pintor y él las pintaría dentro, ¿entiendes tú?, les haría toda clase de pellizcos y de caricias y de cosas. Porque eso es pintar. La parte imagen, la parte topográfica, la parte ideográfica es la que me interesa a mí. La parte pintura no me interesa y nunca la he estudiado".

El idioma atribuye, coarta, juega definitivamente con los signos y los enmarca, pero Matta se las arregla para dar vueltas todo, mirándolo desde el otro lado del espejo: "Me estás haciendo una especie de lavado de cerebro, de cerveza. Yo tengo que despertar el verbo paraguas para defenderme. Yo paraguas, tú paraguas... Eso es lo que tal vez quiere decir Paraguay. El Paraguay está siempre protegido por los curas. Se emparaguó para empezar y nunca ha dejado de lloverle sobre mojado".

Que el rayo haya visto en Matta un pararrayos, que busque las palabras bajo el agua, que prodigue un mundo de tías o que alcance a indicar que él estima cómo le ha ido de bien, aunque no se note, son parte del caleidoscopio que es este libro. Aun en el empecinamiento, define por paralelas: "Yo soy —murmura— como las gallinas, que tú les haces una raya blanca y ellas se quedan ahí mirando la raya blanca".

En la sociedad, avanza para no buscar afirmación en un pasado que prodiga mitologías de consuelo. En política, cree que es preciso luchar para que el hombre crezca y pueda llevarse a cabo a sí mismo; primero, "la guerrilla interior". El marxismo requiere de acosos ideológicos, de punciones históricas para evitar el poder de los "marxistas arqueólogos", esos que estudian el marxismo "como se estudian las ruinas de Pompeya". Hay que trazar un corte humanista, pero no se trata de liberar un "humanismo de caridad o de compasión, sino que una reorganización del hombre en humanidad". Y Matta no se detiene jamás en este libro que corre a la velocidad de la luz. *

1930 Alfonso Calderón